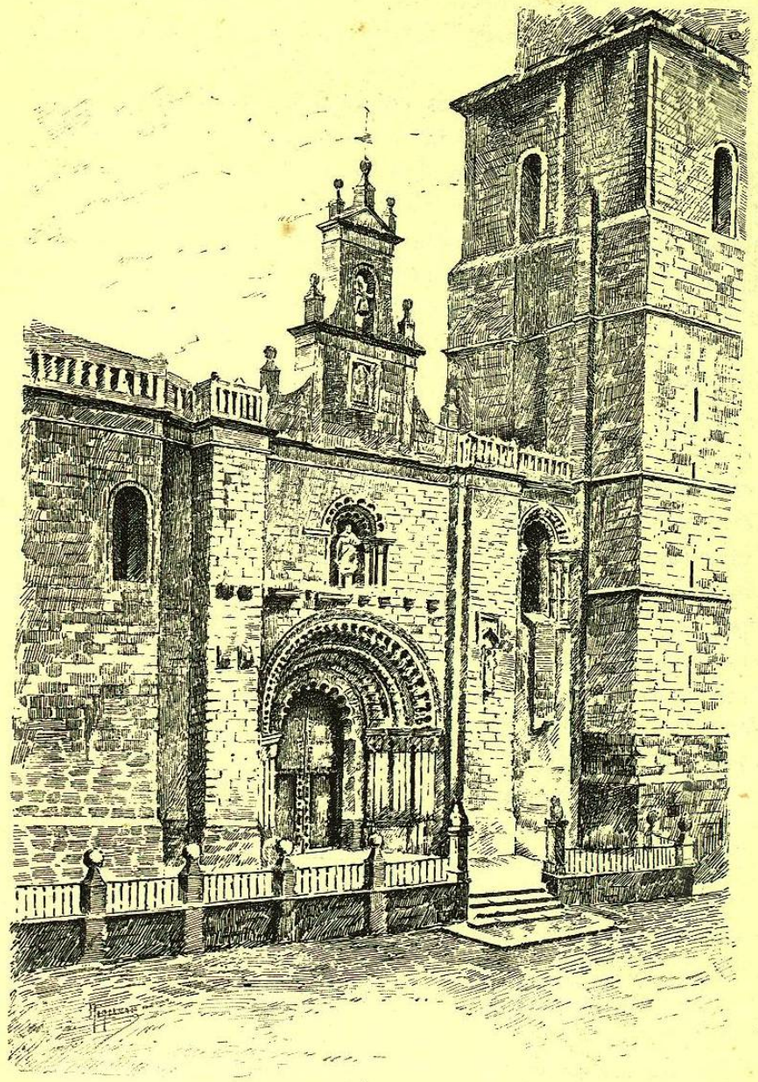

TORO.— Puerta lateral de la Coleciata

el lateral que mira al norte, inferior al otro en dimensiones mas no en riqueza, pues sus tres arcos semicirculares y concéntricos ofrecen preciosos dibujos entre los cuales resaltan graciosos ángeles y venerables ancianos coronados, sus grupos de triples columnitas llevan capiteles historiados y cubiertos de guirnaldas, gentiles follajes guarnecen el éstrados del arquivolto, y en cada lóbulo del angrelado dintel asoma una figura. Á lo largo del muro se abren diversas ventanas bizantinas, pero la que cae encima de la puerta sirve de nicho á una imagen de la Asunción. La portada opuesta del mediodía, vuelta hacia el Espolón, es de arco peraltado que sostienen á cada lado tres columnas.

En el interior de la insigne colegiata salta más á la vista la amalgama ó transacción amigable de las dos arquitecturas. Bóvedas de medio cañón cubren la nave central, el crucero y la capilla mayor, pero las de las naves laterales desenvuelven sus cruzadas aristas; cilíndricos fustes, coronados algunos de pomposo capitel, revisten con sobriedad los macizos pilares, pero los arcos así los de comunicación como los del techo son ojivales al par que los de Zamora. Sin embargo, predomina allí marcadamente todavía sobre el gótico el arte bizantino: suyas son las labores que circuyen las claraboyas de la nave izquierda y de los brazos del crucero, suyas las ventanas de la derecha y sus columnas con anillo y las hojas y figuras que adornan copiosamente sus dovelas, suyo en fin el admirable cimborio, aunque en los ángulos de los arcos torales avancen ya doseletes afiligranados sobre los símbolos de los cuatro evangelistas. No sabemos desde qué punto sorprende más, si visto por fuera en toda su gallardía, ó por dentro y desde abajo en toda su elevación. La dificultad de asentar un cuerpo circular sobre uno cuadrado sin pechinas ni otras equivalencias está tan natural y tan perfectamente vencida, que apenas se conoce que haya habido que vencerla. Su cubierta ó cascarón no discrepa del de la catedral zamorana, pero le excede en altura, y no son allí diez y seis sino treinta y dos repartidas en dos órdenes las ventanas que se abren á la

luz, reproduciendo la forma y ornato de las exteriores; sólo que los lisos capiteles de sus gruesas columnas y las pesadas impostas de sus jambas, estrechando en gran manera los vanos, les comunican cierta rudeza característica de aquella edad, á que no pudo sustraerse del todo la aérea concepción del arquitecto.

La capilla mayor, profunda respecto de las dos laterales y alumbrada por una pequeña claraboya, vino á ser desde últimos del siglo XV el panteón de los Fonsecas, cuyos sepulcros puestos en alto ocupan los costados del presbiterio. Esbeltas ojivas orladas de follaje forman los nichos del lado de la epístola, conteniendo el más próximo altar la yacente efigie del guerrero obispo de Ávila D. Alonso, que después lo fué de Cuenca y de Osma, valiente adalid de los Reyes Católicos en la batalla y en el asalto de Toro, patria suya, donde costeó con otras muchas aquella obra; el otro encierra el bulto de Pedro de Fonseca, no menos señalado en el servicio de dichos monarcas, alternando en las enjutas sus blasones de cinco estrellas con el ala y la espada que constituían los de su consorte D.ª María Manuel (1). Á la parte del evangelio debajo de arcos aplanados descansan otro personaje de la misma familia con ropa talar y bonete, y una dama con toca y un libro en las manos y con escudo idéntico á los del palacio del marqués de Santa Cruz. Varias figuras con rótulos resaltan en el fondo de las hornacinas, y en la delantera de las urnas pequeñas imágenes de santos dentro de proporcionados arquitos.

Debajo de la segunda de las tres bóvedas de que consta la

(1) La inscripción está en el centro de la urna entre dos relieves de la adoración de los Reyes y de la venida del Espíritu Santo. «Aquí yace, dice, el muy noble y virtuoso cavallero Pedro de Fonseca guarda mayor del rrei e del su consejo, y la noble y muy virtuosa señora doña María Manuel su muger, cuyas ánimas Dios aya; él fallesció á III de abril del año 05 (1505 sin duda) y ella á.....» La fecha de este óbito quedó en blanco. Los descendientes de este noble matrimonio llevaron en el siglo XVII el título de marqueses de la Lapilla, que se juntó después con el marquesado de Monasterio en la familia Centurión, y últimamente con el de Albranca que radica en Ciudadela de Menorca por enlace de D.ª Bernardina de Fivaller con D. Gabino Martorell, transmitiéndose juntamente con el mayorazgo el patronato de la expresada capilla.

nave principal extiende el coro sus filas de asientos cerrándose en semicírculo; en su cerca exterior se levantan cuatro góticas estatuas de Santiago y San Juan, hijos del Cebedeo, de la Virgen y San Gabriel, sobre repisas muy labradas que representan las dos últimas la formación de Eva y el primer pecado. Lápidas no contiene otras el cuerpo de la iglesia sino dos del siglo XIII á lo último de la nave izquierda á los piés de una colosal pintura de San Cristóbal (1), y otra en medio del crucero más curiosa que antigua (2). La sacristía, adornada de varios cuadros de apóstoles y evangelistas pintados con la vigorosa entonación de Ribera, encierra alhajas y ornamentos que regaló en 1486 Don Diego de Fonseca, obispo de Coria, y una bella custodia de plata labrada en 1538 por Juan Gago, cuyo pié de gusto plateresco y abalaustradas columnas se combinan con labores de la decadencia gótica y multitud de figuras de relieve que pueblan el tabernáculo.

Las parroquias proporcionalmente en Toro no abundan menos que en Zamora, mas no presentan sus antiguas galas tanta riqueza. En las portadas por lo general no se ven columnas ni labrados capiteles, sino simples aristas ó molduras decrecentes en arcos de ladrillo; los ábsides por fuera en lugar de suntosas ventanas, llevan arquería figurada como los de las iglesias de Toledo. Muchas son de tres naves pero bajas y reducidas, y algunas sólo tienen dos careciendo á un lado de la que debiera formar simetría con la otra; los techos de madera casi todos, únicamente la capilla mayor en las que se reformaron al final del siglo XV ostenta bóveda de crucería. Consérvase

(1) Las losas se embadurnaron y pintáronse encima malamente las letras ocasionando dificultades en la lectura del nombre del obispo y de la primera fecha: «Aquí yaze doña María de Velasco tia de *don Suero* por la gracia de Dios obispo de Zamora la..... sub era MCCCXXIII (1285 de C.)—Aquí yace Pedro Guillelmo que heredó esta iglesia sub era MCCLXXXXVI (1258 de C.)»

(2) No comprende más que estas singulares indicaciones referentes á algún anónimo peregrino: «Aquí yace el leproso alienígena agradecido, murió á prima 22 de octubre el año de 1641.»

este tipo con mayor pureza en las que un día pertenecieron á la jurisdicción de los templarios, en San Salvador, en el Sepulcro, en Santa Marina. La primera figuró entre los doce conventos principales de la infortunada orden en España, y á mediados del siglo XII aparece ya su nombre con el de otros cuatro en una bula de Alejandro III. La característica gentileza de las fábricas de aquellos se revela muy especialmente en los tres altos ábsides perfectamente torneados, revestidos dentro y fuera de una serie de arquitos, y en los grandes arcos de medio punto que dividen las naves, de las cuales se cortó parte de la derecha en tiempos ya remotos: el sello oriental marca la puerta ojiva que por aquel lado conducía á las derruídas habitaciones de los caballeros. Idénticos rasgos ofrecen el Sepulcro y Santa Marina, que extinguidos los templarios pasaron á los sanjuanistas, los cuales al lado de aquella tenían un claustro; en la una lleva la capilla mayor bóveda de medio cañón apuntada y encima del arco una claraboya, en la otra comunica la nave derecha con la principal por medio de arcos gótico-arábigos asimismo. Al Temple pertenecía también Santa María la Nueva (1), mas de dicha época no guarda vestigio alguno interesante.

Bajo la advocación de Santa María hay otras dos parroquias dependientes de dos célebres colegiatas, la de Arvas en Asturias y la de Roncesvalles en Navarra; y la última unida á la de Santa Catalina, que ha dejado su nombre á la puerta oriental de la ciudad, apoya el maderaje de sus ahogadas naves en arcos de medio punto. Poco después del martirio de Santo Tomás de Cantorbery se le erigió á la parte del norte la iglesia de su título, y desde luégo se encargaron de ella los premonstratenses: en 1794 fué reparada, pero conserva los dos grandes arcos de comunicación cuya anchura iguala á la longitud de las naves como en el Sepulcro, no menos que la claraboya y los bellos ajimeces sutilmente calados de su capilla ma-

(1) Véase la nota segunda de la página 592.

yor, adornada mucho después de su fundación con techo de crucería y con un minucioso retablo del renacimiento. Lo mismo sucedió en la Trinidad: el ábside es de piedra, y en su fondo brillan multitud de tablas representando misterios que componen el retablo divididas por columnas abalaustradas; fáltale al lado de la epístola la nave correspondiente, y la ojiva en degradación caracteriza su portal. Arcos ojivos sobre pilares cilíndricos sostienen las angostas naves de San Pedro apellidado *del Olmo*, mostrando singular gentileza el que da entrada á la capilla mayor que por su maciza bóveda y planta semicircular parece ser la primitiva.

En adornar para entierro suyo la de San Lorenzo se emplearon hacia fines del siglo XV D. Pedro de Castilla, nieto del infortunado rey de este nombre é hijo de D. Diego que en Curiel y en Coca sufrió largo cautiverio, y su esposa D.ª Beatriz de Fonseca hermana del arzobispo de Sevilla D. Alonso. Follajes y colgadizos y agujas de crestería con figuras engalanan el arco trebolado de la hornacina situada á la parte del evangelio, entre el cual y otro de medio punto que lo cierra dos ángeles ostentan los blasones de ambas familias acompañados de laudatorios dísticos, y dos el epitafio (1): sobre la urna

(1) Éste y aquellos dicen así: «Aquí está sepultado el muy noble cavallero D. Pedro de Castilla, nieto del rrei D. Pedro, que santa gloria aya, falleció domingo á catorce dias de marzo año del nacimiento de nuestro Señor Jhuxpo. de MCCCCXCII años.—Aquí está sepultada la muy virtuosa señora doña Beatriz de Fonseca, santa gloria aya, muger que fué del dicho Sr. D. Pedro, falleció miércoles XXII dias de agosto año de ntro. Sr. de MCCCCLXXXVII años.» Son singularmente enfáticos los versos dedicados al primero:

Vivis? an hæc nostros oculos tua fallit imago?
Numquam crediderint te tua sæcla mori.
Hac sub mole tegor: milites, celebrate sepulchrum;
Hesperiæ charus, rregibus et populis.

Los de su esposa son como siguen, advirtiendo que en el segundo verso hemos variado el orden de las palabras conforme á las exigencias del metro:

Quam genus et virtus evexit ad æthera quondam,
Hoc parvo Beatrix clauditur ecce solo.
Quæ jacet hic semper mortalia cuncta Beatrix
Contempsit, cupiens præmia magna celi.

esculpida con relieves de santos bajo doseletes, yacen las efigies de gran tamaño, imitando al varón cubierto de elegantísima armadura y de airoso manto, con el yelmo á los piés sostenido por un paje, y á la dama con honesta toca y holgada vestidura. Florones y escudos esmaltan la crucería de la bóveda, y ocupa la testera un retablo de góticas pinturas que en el primer cuerpo recuerdan la historia de la Virgen y en el segundo la del mártir titular. No lleva, sin embargo, esta capilla el nombre de dichos patronos sino el del rey D. Sancho, el IV probablemente, no sabemos si por haberla fundado: de todas maneras la pequeña nave, el techo de madera, la portada lateral de plena cimbra debajo del pórtico, las zonas de arquitos que por fuera bordan sus muros de ladrillos, demuestran no escasa antigüedad.

San Julián de los Caballeros, así llamada por cierta cofradía que tenían estos allí, pretende haber alcanzado la dominación sarracena y mantenido bajo ella el culto católico, según afirma la lápida modernamente puesta sobre su trebolado ingreso: pero luchaba ya con la imitación gótica el renacimiento, cuando se construyó de piedra su torre, y subieron sus despejadas naves á una misma altura apoyadas en bocelados pilares. Ningún epitafio por desgracia, siquiera fuese renovado como el de Pedro de Vivero, guarda mayor de Juan II (1), señala el lugar donde yace Antona García, la varonil conspiradora, que murió víctima de su adhesión á la causa de la grande Isabel. De la misma época data la reedificación de San Sebastián, existente ya en 1294, mas en 1516 labrada toda de piedra y abovedada con vistosa crucería por la filial afección de fray Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, que en su pila bautismal había sido regenerado cual lo fué más adelante el cardenal Tavera; distínguese á la entrada su escudo encuadrado por rectas molduras, y es

(1) Dicho Vivero fundó mayorazgo y murió en 1457, como dice la lápida restaurada en 1786 por su descendiente el marqués de Valparaíso.

fama que se proponía fundar allí un colegio tomando por modelo el de San Gregorio de Valladolid. En tiempos más recientes todavía, fueron renovadas dos parroquias cedidas á institutos religiosos y después de la supresión de estos restituídas á su primer destino; San Pelayo, dependiente en su origen con título de priorato de los benedictinos de San Zoilo de Carrión, y desde 1569 por cesión de Pedro de Vivero su patrono agregada al convento de agustinos que la rehicieron con cúpula y crucero en la plaza del castillo, y Santo Tomás á la cual en el mismo año se trasladaron los mercenarios desde el barrio de la Magdalena, menos notable por su fábrica que por sus vistas deliciosas hacia mediodía. San Juan de la Puebla se instaló en la ermita donde antes era venerada la Virgen del Canto, patrona de la ciudad, cuya imagen ha pasado á la Concepción.

Diez y seis parroquias para una población de dos mil vecinos escasos parece número exorbitante; y sin embargo apenas hace medio siglo que tenían por compañeras á San Juan de los Vascos perteneciente á la orden de San Juan, en cuyo nombre han pretendido algunos ver una prueba de que al repoblar á Toro vinieron de Gascuña sus feligreses; á Nuestra Señora del Templo, humilde iglesia incorporada á Santa María de Arvas, á San Marcos aneja á San Julián, á Santo Domingo de Silos y á la Magdalena unidas hoy á la Trinidad, y en la última se leía sobre el portal que en 1100 había sido construída y que se llamaba Martín el arquitecto (1). ¿Qué más? en 1344 con motivo de un convenio que firmaron dominicos y franciscanos para repartirse la predicación por las iglesias, suenan además de todas las enumeradas San Andrés del Bollón y San Andrés de Pedro Berona, Santiago el Viejo y Santiago de Tajamontes, San Juan Evangelista, San Esteban, San Lázaro, Santa Cruz, San Miguel, San Román, San Martín, San Cipriano, San Antonio, San Nicolás, San Bartolomé reducida después á capilla, San Pedro sobre el río, San Vicente y Santo Tomás entrambas junto al puente viejo; de suerte que la jurisdicción parroquial de cada una no se extendía casi fuera de la sombra de su torre.

(1) Habla de ellas como existentes en su tiempo la *Corografía* de Gómez de la Torre publicada en 1802: Floranes leyó en la inscripción de la Magdalena, la fecha de 1155.

Los dos conventos que así se distribuían los púlpitos se hallaban establecidos en Toro desde el siglo anterior. El de dominicos dedicado á San Ildefonso, lo fundó hacia 1285 la insigne reina D.ª María de Molina, junto á una ermita de Santa María la Blanca, y en la capilla mayor hizo sepultar á su hijo Enrique fallecido en 1299 á la edad de once años. Dentro del propio edificio tenía su real morada, en la cual le sucedieron otras reinas: María de Portugal, viuda de Alfonso XI, empeñada inútilmente en enfrenar las desbocadas pasiones de su hijo D. Pedro, y Catalina de Lancáster al dar á luz á Juan II. Cuéntase que en medio de los bandos que hervían reinando Enrique IV, puestos á punto de venir á las manos, una voz perceptible de reconciliación salió del simulacro de Nuestra Señora *de las Paces*, venerado en una capilla de aquel templo, donde el rey en 1472 ordenó celebrar todos los sábados una misa. Varias agujas ojivas es lo único que resta de la gran nave, que según aseguran los que la vieron podía competir en decoro y majestad con muchas catedrales: sobre la puerta principal se conserva una claraboya de trepados círculos, y á un lado una portada gótica del siglo XV. El claustro bajo lo hizo labrar hasta las bóvedas fray García de Castronuño, obispo de Coria y confesor de la reina Catalina, que yacía dentro de una capilla en marmóreo sepulcro, y lo terminó un siglo después el nombrado arzobispo Deza, quien legó además á la casa querida, donde había vestido el hábito, la capilla de Santa Catalina, el refectorio, tres dormitorios, y una nueva sala de capítulo, mandando enterrar en ella á sus padres y hermanos con ricos bultos de alabastro que no duraron allí mucho tiempo.

Entre los árboles de espaciosa plaza asoman las ruinas de